CAPILLA ALFONSINA

V

Pasaron cinco meses.

El conde, dedicado enteramente á su mujer, imaginaba mil proyectos para distraerla, y como su reciente luto la impedia mostrarse en los salones, la llevò á Italia.

Milan, Viena, Florencia, Nápoles, Venecia, Roma, todas las grandiosas ciudades de ese país tan rico de recuerdos y lleno de bellezas, les acogieron y les guarecieron algunos dias.

Sin embargo, parecía que la condesa, inquieta y turbada, buscaba en un cambio contínuo el olvido de un importuno pensamiento.

No se encontraba bien en ninguna parte, y apenas se habia instalado en un palacio, para ella alquilado y preparado para recibirla, ya solicitaba como un favor de su marido, que la llevara á otra parte.

El general acudía con bondad inalterable á todos sus caprichos.

Por fin en Sorrento decubrió una villa al borde del mar, que, durante algunos dias al

menos, fué objeto de una fantasía más duradera.

Gabriela viviô dos meses allí en compañía del general, que se encontraba bien en todas partes siempre que su mujer estuviera á su lado.

Aquellos dos meses de reposo y bienestar pasados al lado de su mujer, le recompensaron de las duras concesiones que, dada su edad, tuvo que hacer en sus antiguas costumbres.

El conde adoraba á su mujer y ella supo por sus inocentes coqueterías y por su deseo de agradarle, exaltar su amor hasta la locura.

No vivia más que para Gabriela. Por ella lo olvidaba todo, menos á Roberto. Las cartas del joven capitan derramaban en su corazon una dicha comparable únicamente con la que Gabriela le proporcionaba en aquella aislada casita, que jamás, por su gusto, hubiera abandonado.

Una sola palabra de la condesa hizo cambiar sus ideas completamente.

Gabriela le manifestó de pronto deseos de volver á Paris, y el general se persuadió sin trabajo ninguno de que su mujer tenía razon.

—Yo no sé—decía—donde tenia la cabeza para decir que me encontraba bien en este monòtono rincon.

Tonto de mí, me imaginaba que su clima era la causa de que estuviéramos tan bien, mientras que su único aliciente eras tú quien se lo daba.

Sí, aún en Italia, frente á las límpidas aguas del Mediterráneo el invierno será siempre el invierno, además de ser mucho más difícil combatirle que en Paris.

Allí, instalados en el hotel de los Campos Elíseos, cerca del fuego de una magnífica chimenea, en el fondo de una habitación perfectamente acondicionada, no se sienten ni el vendabal, ni las lluvias torrenciales.

Un buen gaban de pieles, un cupé cómodo y caldeado, un palco rodeado de otros palcos deslumbradores de pedrería y de luz, el aire perfumado de los salones aristocráticos, son magníficos alicientes para burlarse del invierno y de su manto de nieve. Pero aquí, en Sorrento, siempre el mismo horizonte, el mismo mar, la misma playa y el mismo jardin sin flores y sin hojas.

Tan pronto se dice como ya se ha visto todo, y, verdaderamente, no sé cómo nos hemos detenido aquí tanto tiempo.

Teneis razon. Nos marcharemos.

—¡Qué bueno sois!—dijo Gabriela dirigiéndole una mirada de agradecimiento á la par que sonreía dulcemente.

—¿Bueno? No. Te amo, y eso es todo. Yo quiero lo que tú deseas y me gusta lo que te place.

Lo mismo me importa estar en Sorrento que otra parte, con tal que te tenga cerca de mí.

Debiera haber comprendido que tú no puedes vivir contenta lejos de la sociedad, que te espera, y donde pronto brillarás entre todas las mujeres.

Si has fingido estar resignada, ha sido un favor que nunca sabré pagar en todo su valor.

Sentía crecer tu tristeza, y no me perdonaré nunca haberte guardado tanto tiempo para mì sólo, como vil egoista que soy.

Hubiera debido pensar más pronto en esta

marcha, pero no importa, ya recobraremos el tiempo perdido.

Dejemos esta casa vulgar, volvámos á reunirnos con nuestros amigos, con nuestro hotel, con nuestros muebles, y con la poltrona donde mi pobre abuela se ha sentado ántes que nosotros.

Consoláos, condesa, ya terminó vuestra reclusión. Voy á disponerlo todo y dentro de veinticuatro horas estaremos lejos de aquì.

El general saliò frotándose las manos y gozando de antemano de los placeres que podrìa ofrecer á su joven esposa cuando estuvieran de vuelta en Paris.

Pero si Gabriela disimulaba á su marido sus accesos de melancolía, no podía, en cambio, ocultarle enteramente aquel tinte de profunda tristeza reflejado en su rostro como una niebla de otoño se refleja en el verdor de los campos.

Cuando el general le preguntaba la causa de esta melancolìa, siempre la atribuia Gabriela á los acontecimientos que tan violentamente habían turbado su existencia.

El anciano aceptaba esta explicaciòn como muy natural, y esperaba del porvenir el remedio para esta tristeza, que únicamente el tiempo podría mitigar.

La condesa estaba encargada de la correspondencia con Roberto.

Sus cartas comenzaban invariablemente con esta frase.

"—Mi marido me encarga que os diga...."

Jamás le hablaba de ella, ni de sus impresiones, ni de su salud, ni de nada, en fin, que la concerniese.

Por su parte el capitán se mantenía tan reservado, que casi tocaba los límites de la indiferencia. Contestaba directamente al general y añadía algunas palabras afectuosas para la condesa.

A la mañana siguiente M. de Branville entró radiante de alegría en el cuarto de Gabriela.

La condesa acababa de levantarse.

Sus abundantes cabellos obscuros con reflejos de oro rojo, se extendían sobre su cuello, perfecto é inimitable é inundaban sus blancas y deslumbradoras espaldas.

Al entrar el anciano, Gabriela diò un pequeño grito y con un gesto rápido se puso el peinador de terciopelo obscuro caído á sus pies.

—¿Te he sorprendido, querida mía?—dijo el general;—perdóname en cambio de la buena noticia que te traigo.

—¿Y qué noticia es esa?

—Que nos encontraremos en Paris con Roberto.

Ya está todo preparado. Ponte un vestido de viaje y dentro de dos horas nos despediremos de este horrible país, que usurpa su reputaciòn, de esta patria de guijarros y de olivos enclenques, de este paraíso de rosas, donde los rosales brillan por su ausencia.

Tomaremos el primer tren y marcharemos á Paris, que jamás me ha parecido tan lleno de atractivos como hoy. Allí, visitaremos á nuestros amigos, les invitaremos á nuestra casa y les daremos reuniones y fiestas, y ellos nos invitarán á su vez.

Ya olvidadas nuestras pasadas penas, cambiaremos totalmente nuestro género de vida por otro más nuevo. Quiero rejuvenecerme y

llevarte á todas partes para que figures como debes en los salones, auque no sea más que para halagar mis vanidades de sexagenario.

Y cambiando su tono familiar por otro pretencioso, añadiò sonriéndose:

—Señora condesa, estoy preparando vuestra presentaciòn oficial en el gran mundo, donde espero me acompañareis lo mismo que á los teatros, á los conciertos, á las carreras, y en fin á un *mare magnum* de diversiones y de suntuosidades. Por vos me he vuelto elegante, alegre, pròdigo y mundano. Al principio me costará trabajo tal vez, pero después ya me iré acostumbrando.

El general estabá radiante de alegría.

—Verdaderamente—añadió,—es un paisaje muy raro este apartado rincon de Italia, muy apropòsito para escribir romances y sorprender la buena fé de los viajeros.

¡Ya estoy yo cansado de árido desierto y de esta falsa primavera siempre cubierta de nieves y escarchas.

—¡Ah!—añadió con acento burlon.— Esta comarca es muy rica, con sus magníficos pinares, llenos de rocas, esos tremendos pescadores llenos de andrajos y esos *pfifferarí* harapientos que despiden un olor á cieno que no hay quien se les aproxime á cien pasos.

No sé dónde diablos tenía la cabeza cuando proyecté semejante excursión.

Por tanto—dijo sentándose al lado de Gabriela y cogiéndola una mano—no puedo yo quejarme de voluntaria expatriación en estos ruinosos sitios, pués en ellos dejo los más hermosos y preciados recuerdos de mi vida. Yo era dichoso, no me faltaba nada y disfrutaba

de todos los placeres de la tierra. ¡Egoista! El viento, la marea, las gaviotas revoloteando sobre las olas, me eran indiferentes. Estando á tu lado, la Siberia me hubiera parecido un paraíso. Pero ¿quién sufria de esta reclusion y no se quejaba? Gabriela, mi querida Gabriela. ¿Y quién representaba el cargo inícuo de verdugo de la Edad Media? ¡El señor de Branville, aquí presente! Sí, vos callabais por delicadeza, sin dejar de pensar en las fiestas de Paris y en los triunfos que aquellas diversiones brindan á las mujeres jóvenes y hermosas.

Y el pobre viejo acariciaba la mano de su esposa, á quien mimaba como una nodriza á su niño.

—Pues bien—añadió—me arrepiento, me acuso y me doy golpes de pecho. Mis ojos se han abierto, y veo. Me he convertido. Castìgame; tú mandas y ordenas. La vida es corta ¡qué diablo! aprovechémonos. Pìdeme lo que quieras, la cantidad mayor que de mi fortuna se pueda disponer, y gástala á tu antojo. ¿Quieres carrujes? Còmpralos. ¿Quieres alhajas, diamantes, zafiros, turquesas, esmeraldas? Compraremos los mejores que haya en las tiendas de la calle de la Paz. Cometeremos locuras sin cuento. Bien puedo ser ahora un poco extravagante, ¿No he sido toda mi vida un santo, ó poco menos? ¿Y no es ya tiempo de que mi juventud se pase?

La condesa inclinó su hermosa cabeza sobre el hombro de su marido.

—Muy contento estais hoy—le dijo.

—En verdad que sì.

—Ya sé la causa. Es que vais á ver á Roberto.

—Eso mismo.

—Le quereis mucho ¿no es cierto?

—Mucho, sí. Pero no tienes celos...¿verdad?

—No.

—¿No es él mi hijo como tú? ¿No es el único cariño que he tenido en toda mi vida?....Y además, ¡es tan bueno, tan leal, tan sincero!... Es mejor que yo, cuando tenia su edad; digno sin reproche, valiente como su espada y de corazón tan noble como los gentiles-hombres de la Edad Media.

Tú eres para mí la rosa de mayo que perfuma mi vejez; mi orgullo, la alegría de mis ojos, la hada de la juventud y del amor.

En nada se relacionan estos dos cariños. El que profeso á Roberto no es de la misma madera que el que á tì te tengo. Tú no le conoces todavía, ó le conoces mal. Y te digo esto porque he notado que os tratais con alguna frialdad, pero estoy tranquilo para el porvenir. Tú le estimarás cuando comprendas lo que vale. Yo le he estudiado, le he visto pequeñito, he seguido dìa por día su robusta naturaleza, y le conozco tan bien que contaría los latidos de su corazón á través de la distancia que nos separa.

Vosotros sois los dos séres más nobles que he encontrado en mi vida. Tú, por tu desinterés, tus elevados sentimientos y tu incomparable belleza. El, por su valor á toda prueba, su pasion por el estudio, su dulzura, su fuerza y su digna lealtad.

Hé aquí por qué sois mis dos amores.

La condesa había inclinado su cabeza sobre el pecho, y como no contestase, le preguntò

dulcemente el general, después de un minuto de silencio.

—¿En qué piensas?

—En lo que me habeis dicho, y en otra cosa; pero temo pareceros demasiado fantástica.

—¿Por qué?

—Porque voy á cambiar todos vuestros proyectos, si todavía os hago una súplica.

—Puedes decir una orden de servicio, Díme lo que deseas.

—Puesto que estamos en Italia, ¿por qué no nos quedamos hasta Semana Santa ya que está tan próxima? Si nó, tendremos que volver, y son tan hermosas esas magníficas ceremonias, que se puede decir que no se ha visto Roma si no se ha asistido á ellas.

—Sì—dijo el general.—Son tan hermosas como Sorrento, aburridas como Florencia, y tristes como Venecia. ¿Teneis mucho empeño en que vayamos á Roma?

—Mucho.

—Entonces iremos. Pero es lástima que no se pueda adelantar la Páscua un mes, para que terminásemos en seguida, pues tenía prisa de regresar á Paris para informarme de un asunto que me intriga y preocupa.

—¡Ah! ¿Con que tambien sois curioso?

—Como una mujer.

—¿Y qué es lo que quereis saber?

—Lo que tú tambien conocerás cuando estemos en Paris. Pero....puesto que lo has de saber más pronto ò más tarde, es mejor que te lo diga yo ahora. Se trata de Roberto.

—Me lo figuraba.

—Ese seductor—no te ofenda la palabra, es la que conviene á la situaciòn—ese Lovelace,

se ha enamorado, pero enamorado con escándalo, publicidad y otra infinidad de circunstancias agravantes, de cierta princesa Ivanowska—el nombre indica claramente donde han pasado los hechos—que es una de las más irresistibles zalameras que ha producido la Rusia. Estos detalles me los ha dado el embajador, antiguo camarada mio. Ahora bien, esta princesa Constanza Ivanowska, segun me indica una carta recibida últimamente, ha salido de San Petersburgo siguiendo á Roberto, ha llegado á Paris al mismo tiempo que él, y se ha instalado suntuosamente en un hotel de que es propietaria y situado á pocos pasos del nuestro.

A decir verdad, no veo ningun inconveniente grave en esta aventura; pero no quisiera que las cosas degenerasen en escándalo. Por eso deseo vivamente vigilar de cerca á mi inflamable capitán.

Vamos, pues, á Roma, y rogaremos al Papa que se de prisa y acelere un poco sus bendiciones.

—¡Oh!—dijo Gabriela con indiferencia, que un fisonomista hubiera juzgado falta de sinceridad;—puesto que teneis deseos de ir á Paris, volvamos lo más pronto posible. No tengo tanto interés en ir á Roma como os decìa; únicamente quería poner á prueba vuestra condescendencia; dejemos, pues, la Semana Santa para el año prôximo ò para las kalendas griegas.

El conde diò las últimas disposiciones para el viaje, y en un momento los ayudas de cámara y las doncellas terminaron los preparativos.

Los equipajes hechos fueron colocados en un camion tirado por mulas, que los llevaron á la estacion.

La marcha encantaba á aquel pequeño mundo de satélites.

Paris es el bello ideal de los criad os.

—¡Que alegría, señora regresar á Paris!—decia Rosa, doncella predilecta de la condesa, encantadora bretona, de cutis fino y delicado, sonrosadas mejillas, preciosa boca y ojos vivos como carbunclos, que había sido educada en el hotel Desgranges, al lado de Gabriela.

Por fin, la señora tendrá buenas habitaciones, y no estos horribles y destartalados cuartos de posada. ¿Qué necesidad hay, vamos á ver, de recorrer paises para visitar unas antigiiallas semejantes? No hay ni una casa nueva en toda la ciudad. Los albañiles no prosperarán mucho en este país. ¡Lo mismo que Venecia! No me estraña que la señora se aburriese. ¡Con agua por todas las calles! A mì me gustan más las aceras. Por lo menos se tienen las botas secas, cuando no llueve y no hay necesidad de barquero.

Qué ideas más raras. Escoger un pantano para edificar una ciudad. A nosotros nunca se nos ocurriría semejante cosa. Esa ciudad no es buena más que para los médicos porque aquellas humedades deben ocasionar muchas enfermedades. Y sobre todo la gente que se ahogará. Hay un canal que llaman Otrano ó Anfiano, donde está el cementerio y que se le debía nombrar el cementerio de los pies húmedos. No concibo cómo hay quien le guste estar allí dentro. Y, sin gana ninguna de estar en él, me gusta más el de mi pueblo, cerca de la

iglesia de Tregenec, con junquillos y violetas en primavera y con margaritas todo el verano.

Esta nueva apreciación de las poéticas bellezas de Venecia, hizo sonreir á Gabriela.

Algunos minutos más tarde nuestros viajeros, instalados en un vagon napolitano, emprendían el viaje á Paris.

—

Una seca y fría mañana de los últimos días de febrero, el general dormía profundamente en su cuarto, y Gabriela, sòla en el suyo, apoyada la cabeza sobre sus afilados dedos, en medio de los encajes de su almohadon, se decía:

—Quisiera conocer á esa princesa que me ha robado el corazòn de Roberto. Su voz, su emocion, el temblor de su mano, todo me indicaba, cuando se despidiò de mí que me amaba y que su amor sería duradero.

CAPILLA ALFONSINA

VI

Cuando los condes llegaron á París, Roberto les estaba esperando en la estación. Después les acompaño al hotel, donde tambien habitaba y les dejó solos para que descansaran, pues buena falta les hacia.

Al día siguiente la condesa se levantò muy temprano. Estaba más hermosa que nunca, llena de salud, y muy contenta de encontrarse en Paris.

Gabriela no se atrevía á interrogarse á si misma las causas de su alegría.

Había sufrido una transformación completa. La espresión de tristeza de su rostro, generalmente pálido, se había trocado en alegría. Sus ojos brillaban como dos estrellas en noche de verano.

Hasta aquel día, Gabriela no se habia mostrado, tal cual era, es decir, soberanamente hermosa, y daba con su juventud, su alegría, y su arrogante figura, nuevo carácter y nue-

vo color, al hasta entonces triste y severo hotel del general.

El conde de Branville, había madrugado más que su esposa y pasaba revista á sus caballerizas donde guardaba diez magnificos caballos, preciosos animales de pura sangre, de inteligentes y finas cabezas, que parecía se daban aires de importancia al verse en aquellas magnificas caballerizas, embaldosadas de blaco marmol.

El ruido de las cadenas de acero los relinchos de aquellos nobles animales, compañeros de batallas ó de diversiones, sus alegres pisoteos, sumian al general en una alegria sin limites.

Unicamente el vivísimo amor que el conde tenia por su esposa y el irresistible atractivo de toda nueva pasión, había logrado que se separara y hasta casi llegara á olvidar sus favoritos palceres.

Cuando sintió en el vestibulo las notas claras de la voz de Gabriela, y la viò aparecer llena de alegría vestida de amazona, sosteniendo con el brazo la amplia cola de su vestido gris, enguantada, con diminuto sombrero rodeado de tul, que hacia resaltar la belleza de su esposa, se quedó deslumbrado.

Iba á hablarla y manifestarla su extrañeza por aquella transformación; pero Gabriela, adelantándose á los deseos del general, le puso su diminuta mano en la boca y le dijo con voz crriñosa;

—Querido conde, he querido prepararos esta sorpresa. Me habeis infiltrado algo de vuestra alegría, y quiero gozar y divertirme al mismo tiempo que haceros la vida dulce y

agradable. Este es el único medio que está á mi alcance para recompensaros por vuestras infinitas bondades. Me sublevo contra el pasado, contra los recuerdos tristes y contra las penas, y si en un lado de mi corazón las he otorgado un pequeño sitio, no por eso os haré tomar parte en mis aflicciones, que desde hoy os prometo trataré de olvidar. Para comenzar, y para abrir el apetito, vamos á dar los dos un paseo á caballo. ¡Que ensillen á Kate! Supongo que me prestareis por un momento vuestra yegua favorita.

El conde estaba contentísimo. La alegría brillaba en sus ojos y se extendía, como un foco de luz eléctrica, por todo su rostro.

—¿Prestarte la yegua por un momento? No. Te la regalo—dijo el general. No puedes comprender el placer que me proporcionas. Voy á estar orgulloso de mi Gabriela; voy á pasearme con ella ante los envidiosos parisienses y podré decirles al pasar junto á ellos. Miradla bien, es mia, inclinaos ante su belleza.

Y el general abrazó con pasión á su mujer. Gabriela se dejó abrazar con esa gracia tan peculiar en las mujeres que quieren seducir y saben que es suficiente conceder un lijero favor para hacerse adorar.

Jamás el conde había visto á su mujer tan contenta. La alegría que este cambio le producia era inmensa y se desplegaba sobre su corazòn como una amapola en un campo de trigo.

—¡Vamos, Sebastian! ¡John! ¡Daos prisa! ¡Qué ensillen! Kate para la señora y Vaillan para mí! ¡Pronto!

El general era muy querido de todos sus servidores.

La alegría de la condesa se comunicó á aquellos leales criados, como enciende un cohete el árbol principal de una función pirotécnica.

Toda la casa sufrió el influjo tomando un carácter alegre y placentero.

Las doncellas comentaban el suceso hablando más que cotorras, y desde las ventanas del patio contemplaban á Gabriela, que por la primera vez desde su matrimonio, montaba á caballo y lanzaba al viento las sonoras notas de su bonita voz.

La mañana estaba hermosa. Un hermoso sol de marzo lucia con explendor al cual no están acostumbrados los parisienses.

La fina arena de las avenidas del bosque, todavía húmeda por la brisa de la mañana, hacía agradable el trote de los caballos por aquellos pasajes, amenizados por las templadas brisas que anuncian la vuelta de la primavera.

En los campos Eliseos, en la Avenida y en el Bosque, se veían algunos de esos elegantes de la aristocracia que van, al levantarse, á respirar la brisa de la mañana y contemplar las gotas de rocío, que cual finas perlas, fija la escarcha en las hojas de las gramíneas.

Elegantes amazonas, cuyo velo flotaba á impulsos del viento, galopaban rodeadas de solícitos ginetes.

Aquí ó acullá, un grupo de desocupados que se saludan.

A esta hora matinal casi todos los concurrentes se conocen, como los que asisten á todos los estrenos.

El general se encontraba entre personas de mundo, y vió satisfecho su orgullo al ver la acogida que sus amigos hicieron á su esposa.

Los rayos del sol de aquella hermosa mañana le devolvían el ardor de la juventud.

Los hermosos ojos de su esposa estaban llenos de animación y de vida.

Nunca Gabriela había estado tan amable.

Había recibido las caricias y halagos de su esposo, pero nunca se habia adelantado á ellas.

Entonces el general podìa creer que él era el amante deseado.

Los caballos caminaban al paso y alargaban el cuello y juntaban sus inteligentes cabezas, como si estuvieran poseídos de las mismas impresiones que sus dueños.

Los paseantes que no los conocían se preguntaban con curiosidad quién era aquella jòven, que, más bien que la esposa, parecía la hija del general.

Su nombre no tardó en circular de boca en boca.

Desde aquella primera excursión adquiriô Gabriela cierta notoriedad y fué aclamada como una de las estrellas que más habian de brillar en el firmamento de los salones de Paris.

Después de haber pronunciado con indiferencia algunas palabras para desorientar la atención del general, Gabriela, con algun temblor, puso el pie en la tierra prometida, hacia la cual se dirigía por veredas extraviadas.

—¿No os parece—preguntô al conde—que Roberto ha cambiado mucho?

—¿Qué quereis decir?

—Cuando después de nuestro matrimonio marchó á Rusia, estaba taciturno, preocupado, casi sombrío, como quien sufre una decepción. Las cartas que os escribía estaban llenas de tristeza, y ahora le teneis que se ha vuelto tan atolondrado como una mariposa, tan alegre, como ántes era reflexivo, y tan expansivo, como ántes taciturno.

Baja las escaleras como un loco haciendo vocalizaciones de barítono de opereta. Es una metamórfosis que no me explico y por la cual os felicito.

—Es muy natural. En su primer viaje debía estar enamorado de esa princesa de "Las mil y una noches," de esa figura de nieve que viene á derretirse á la luz de las arañas parisienses.

Estaba contrariado por verse separado de su adorado tormento. Tengo mil sospechas para creer que no fué ajena á su precipitada marcha y aquella orden tan apremiante no debió ser más que un pretexto para reunirse con la princesa. Hoy, todo ha cambiado. Está en París, con nosotros, y no le falta nada, porque su extranjera se ha tomado la pena de seguirle.

Tiene todas las alegrìas á un tiempo y por eso su felicidad estalla como el fuego de las guerrillas.

—¿Y qué clase de mujer es esa princesa?

—No la conozco más que de oidas y por descripción. Todos—los que la conocen—están acordes en declarar que es más que bella. Rubia como la aurora, blanca como el cold-cream. Un efecto de luna polar y de palideces hiperbóreas. Su título es auténtico; está aliada con

las más poderosas familias rusas; su fortuna es de rajah. Detalle digno de mención: gran destreza para tirar los rublos por la ventana.

—No deja de tener su encanto el retrato. Ahora me explico perfectamente la satisfacción de Roberto. Decidme, ¿la princesa ha estado casada?

—Sí.

—¿Y es viuda de?....

—De un consejero íntimo del Czar, muy conocido en París, donde ocupó un puesto diplomático. Ahí tenéis, querida mía, todo lo que sé, y ya estáis tan bien informada como yo.

Habéis olvidado un detalle muy interesante.

—¿Cuál?

—Su edad.

—¡Ah, diablo! es verdad, ¿pero acaso las mujeres hermosas tienen edad? Cuando pasan de veintiocho ya no se las pregunta, y si hay algún indiscreto que lo pregunta es en vano. Preguntadle á Roberto, que él sabrá más que yo sobre ese particular.

La mujer tiene la edad de sus sonrisas, de su talle, de su rostro y de su corazón, cuando le queda algún resto.

En aquel momento llegaba Roberto acompañado de dos de sus mejores amigos.

El uno, de Tresmes, á quien ya conocemos, sólido normando de veintiocho años, moreno como un montenegrino bronceado por el ardiente sol de Africa, de cara simpática y alegre.

Era el otro el vizconde Palamide de Saint-Remy, calavera de buen género, amante de aventuras, *sportman* distinguido y jugador de whist, reunia, en una palabra, todos los talentos de nuestros aristócratas. Guardaba bajo apariencias de frivolidad un talento calculador y una moderación matemática en los placeres.

Mezclaba los negocios con los placeres. Compraba valores en un baile, reemplazaba la belleza por el talento y trataba de ocultar las aparentes locuras de su disipación en el orden de sus habitaciones.

Seguro de sus relaciones, evitaba las de personajes viciados y de comprometedoras mujeres. Hombre de buena sociedad, bien acogido en todos los salones y no teniendo en su pasivo ningún escándalo, ni una distracción, ni nada que ver con los usureros. Pocos amigos, muchos camaradas é infinidad de conocidos.

Señas personales: cabello rojo, muy abundante; barba del mismo color, recortada á la inglesa; ojos verdes y brillantes como esmeraldas, tez blanca, nariz puntiaguda, labios delgados, hermosos dientes y finas manos.

Estatura mediana

Edad, treinta años. La edad de la fuerza y del discernimiento y aristocrático porte.

Señas particulares: un monóculo en permanencia sobre el ojo izquierdo y mucho descaro para descubrir á través de este anexo á las señoritas casaderas y no exsentas de dote.

Poseía ochenta mil libras de renta sólidamente garantizadas y fielmente administradas por uno de los mejores notarios de París.

Caja con secreto é incombustibles y todas sus cuentas al corriente.

Era un hombre formal con apariencias de calavera, y á quien podría aplicarse el siguiente lema:

¡Perenius acre!

El capitán montaba una magnífica yegua alazana que le había regalado el general, y el vizconde un soberbio *pur sang*.

De Tresmes se había momentáneamente separado de sus amigos por seguir á una amazona que había encontrado y de cuya identidad quería asegurarse.

El por qué de cómo los caballos que montaban el general y el vizconde se pusieron á fraternizar como si fueran antiguos compañeros, y de cómo Kate, relinchando alegremente, se colocó al lado de la montura del capitán, es lo que no sabríamos explicar, porque existen atracciones invisibles, potencias indefinibles como la del imán, y sin duda un fluido magnético que pone en contacto á ciertos séres y les pone en comunicación sin que ellos mismos lo noten.

Al cabo de algunos instantes, Roberto y la condesa llevaban una delantera de cincuenta metros al general y á Palamide.

Desde su vuelta á París rara vez se habían dirigido la palabra.

Gabriela fué la primera en romper el fuego.

—Permitidme que os felicite. Habéis regresado completamente cambiado. Cuando os marchásteis estábais preocupado y teníais un aire tan melancólico que os hacía muy interesante, pero ya veo que estáis mejor y me gusta más vuestra alegría de hoy que vuestra desesperación de ayer.

..Y vos, Gabriela?

—Yo siempre la misma. Los aires de Italia me han sido tan favorables como á vos los hielos del Neva, por lo cual me felicito. ¡Ah! ¡Es

una tontería apenarse cuando es tan fácil ser dichoso!

—¡Es verdad!

—Yo también he sufrido. ¿Verdad que era una tonta y que estaba muy mal inspirada? Mi situación es mejor que la que yo podía esperar. Y esto me lo dije después de reflexionar y de ver que existen muchas personas que valen mucho más que yo y que no tienen tanta suerte.

—Sois muy modesta.

No. Sé lo que valgo, y nada más. Figuraos —añadio con malicia—lo que habia resuelto. Era como un voto. Me propuse envolverme en el sudario de la reclusión, revestirme del cilicio de los desengaños, cubrirme la cabeza con las cenizas de la amargura, apartarme de la sociedad y vivir retirada como en la celda de un monasterio, renunciar al mundo, á sus pompas y á sus obras, para consagrarme, por más que fueran efímeros, únicamente á mis recuerdos.

Estas últimas palabras, dichas con voz insegura, hicieron estremecer al capitán.

—Pero pronto reconocí—continuó la condesa—hasta qué punto era inocente y falta de experiencia. Arrojé lejos de mí la toca de monja inconsolable, y desde entonces no pienso más que en divertirme y aprovecharme de las bondades de mi esposo para gozar de una existencia de fiestas y de lujo. Es su deseo, y veo que no le falta razón. La vida es muy corta y es necesario gozar.

—Esa resolución me extraña á la par que me alegra, pues mi deseo más sincero es el saber que sois dichosa.

—¿Lo pensáis como lo decís?

Supongo que no me haréis la injusticia de dudarlo.

—¿Qué sé yo? ¿Se pueden, por ventura, analizar y definir las sensaciones? Existe entre nosotros un compromiso y un abismo.

—Y el compromiso es....?

Nuestros pensamientos de otros tiempos.

—¿Y el abismo?

—Nuestros deberes de hoy—dijo gravemente Gabriela fijando sobre Roberto sus grandes y límpidos ojos, que una lágrima—de despecho tal vez al verle tan indiferente—imperceptible y comprimida les hacia aún más brillantes.

Roberto estaba admirado de la audacia con que la joven le hablaba.

Gabriela parecía que deseaba trazar la linea de conducta que debían seguir.

Se notaba en su acento, casi cruel, cierta amargura, apenas dismulada, que venía á ser como una censura á Roberto por la pasión que la había declarado la misma noche de su matrimonio, y de la cual ya parecia haberse olvidado.

Cuando le decía la condesa: «Quiero ser dichosa, quiero gozar de la vida, quiero entregarme á todos los placeres del mundo,» tenía su voz una vibración especial, que parecía significar:

—Me quiero vengar de vuestra indiferencia imitando vuestra conducta.

Además, le había confesado su amor, á la vez que su enojo y todos los sufrimientos de su corazón, cuando dijo: «Quiero vivir retirada, es decir, condenada á expiar la falta involuntaria que cometí, entregándome á otro y dudando de vuestros sentimientos.»

¿Era por celos de la princesa ó por convencimiento de sus deberes, por lo que Gabriela hablaba de tal suerte?

Roberto reflexionaba.

Después de un rato de silencio, Gabriela continuó:

—Vos estábais afligido, ó al menos así lo aparentábais. Yo me alegro mucho de que hayáis encontrado un consuelo. Era lo mejor que nos podía suceder. Este cambio me da confianza. Desde hoy viviremos como buenos y francos amigos. Y para empezar, habladme de la princesa. Sé que es muy hermosa. ¿Es también buena?

Roberto no contestó.

Gabriela continuó:

—Se dice que la princesa tiene por vos una pasión profunda, pues ha dejado todo por seguiros, la deslumbradora corte del Czar, sus triunfos, sus adoradores.... Es libre, os prueba que os ama. Se asegura que vos la amáis también.... ¿Me permitís que os dé un consejo? ¡Casáos!

Gabriela estaba agitada por una alegría ficticia y febril. Hablaba con volubilidad y sin continuar en el tono alegre y vivo con que había comenzado la conversación.

El joven, que la habia observado con ansiedad, la contestó dulcemente:

—¿Por qué me habláis de matrimonio? Os juro que jamás he pensado en semejante cosa.

Y como Gabriela bajase la cabeza, él se aproximó á ella, y con una voz que llegó á su

corazón como un suspiro de amor y de pasión, añadió:

—¡Esperaré!

La condesa se inmutó como si hubiera recibido una violenta conmoción en el pecho, y haciendo dar un salto á su yegua, partió al galope, sin volver la cabeza, á reunirse con el general y Saint-Remy, que estaban muy entretenidos en una importante conversación política, que se enredaba demasiado y á la cual Gabriela dió satisfactoria solución.

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

VII

Cuando Roberto volvió á Rusia tomó una resolución heroica. La de olvidar por todos los medios una pasión que no podía conservar en su corazón sin faltar á su honor y al reconocimiento que debía al conde de Branville.

Estaba horrorizado de aquella pasión que le exaltaba y quería olvidar á toda costa un amor cuya vehemencia no había conocido—como sucede muchas veces—hasta que vió á otro en posesión de la mujer que amaba y de cuya posesión se creía seguro, desde que tuvo conocimiento de que la muerte del padre de Gabriela y su ruina, alejaron de ella á todos los pretendientes de su dote.

Los rusos son muy hospitalarios.

El extranjero que pasa algún tiempo en San Petersburgo y frecuenta la alta sociedad rusa, tan amable y obsequiosa y tan llena de gracia y de ingenio, tiene un verdadero pesar cuando la deja, pues no es un lazo fácil de soltar aque-